

Carlos Hoevel: *La industria académica. La universidad bajo el imperio de la tecnocracia global*, Buenos Aires: Editorial Teseo, 2021, 365 pp.

El filósofo y científico social argentino Carlos Hoevel es un intelectual reconocido, que se había hecho un nombre, entre otros motivos, por sus agudos análisis sobre la situación actual de la universidad¹. Se tenía conocimiento de que llevaba adelante una investigación de muchos años sobre el tema, y, gracias a la Editorial Teseo de Buenos Aires, el proyecto finalmente ha llegado a concretarse. Que el libro se haya tardado en aparecer es acaso una de las razones que explica también su madurez, su convincente estructura, su aguda visión prospectiva y hasta la claridad y la elegancia de su prosa, porque –esto debe subrayarse– el texto se deja leer con facilidad y con placer, y la seriedad de sus tesis no está reñida con el estilo ameno ni con el suspenso narrativo ni, tampoco, con el relato de entretenidas anécdotas sobre los encuentros del autor con muchos de los protagonistas contemporáneos de estos debates, en diferentes continentes, a quienes entrevistó personalmente a lo largo de varios años. Los lectores sabrán apreciar, y agradecer, esta claridad expositiva de un tema que tiene más de un aspecto sombrío.

La tesis central del libro está, por supuesto, anunciada en su título. *Bajo el imperio de la tecnocracia global*, la universidad se ha convertido en una *industria académica*. “Entiendo por ‘industria académica’ –nos dice el autor– el resultado de la aplicación, por la vía de la acción estatal o privada, de los criterios manageriales y de mercado a la definición de los objetivos, la organización y la evaluación de la docencia y la investigación en la universidad” (p. 20). De esa contundente y penosa transformación de la vida universitaria somos testigos y víctimas quienes nos dedicamos al trabajo académico. Sabemos también que el problema ha sido abordado desde hace décadas por pensadores o especialistas bajo diferentes perspectivas: histórica, económica, política, filosófica, cultural.

¹ Ver, por ejemplo, su trabajo titulado “La universidad ante el proyecto de la industria académica”, en: Giusti, M. (ed.), *El conflicto de las facultades. Sobre la universidad y el sentido de las humanidades*, Barcelona/Lima: Anthropos/Pontificia Universidad Católica del Perú, 2019, pp. 227-246.

Algo muy valioso del libro de Carlos Hoevel es que realiza una suerte de síntesis de todas esas perspectivas y que, en una reelaboración muy personal, nos propone una visión panorámica de la transformación sufrida por la institución universitaria, de sus rasgos específicos, de sus causas inmediatas y remotas, de sus incongruencias sistémicas, de los posibles caminos alternativos y, con algo de optimismo, de lo que él considera que son las tareas que tendríamos por delante para intentar renovar el sentido de la vida universitaria.

El libro se compone de diez capítulos, a través de los cuales se traza un itinerario coherente y abarcador de los cambios por los que ha pasado la idea de universidad, en particular de su sometimiento paulatino a los criterios del *management* y de la auditoría continua de sus producciones. Lo más interesante es que contextualiza ese viraje en la historia de la institución universitaria y en el marco de los procesos que afectan a la sociedad y la economía en su conjunto. Además, no solo efectúa una descripción con gran conocimiento de la materia, sino que se pregunta por las causas culturales más profundas que lo han hecho posible y aceptable. El primer capítulo, titulado “Breve preludeo adorniano”, es un ejemplo de la habilidad que posee el autor para exponer con ingenio su tesis central. Nos relata allí un episodio vivido por Theodor Adorno cuando, en su estancia en una universidad estadounidense, se enfrentó a las pretensiones del sistema burocrático de entonces de “adaptar” un artículo suyo a los criterios exigidos para las publicaciones. Adorno se opuso a ello, naturalmente, pero el episodio le sirve a Hoevel para ilustrar de manera sintética el proceso de burocratización de la universidad que se hallaba entonces ya en marcha.

Es mucho lo que podría comentarse del libro, dado su carácter polémico. Ante todo, quisiera animar a su lectura, porque no solo se hallará información clara y abundante sobre el tema, sino además deleite en la forma del relato. Y desearía detenerme en dos puntos que, a mi parecer, son los más impactantes y persuasivos de la tesis general. Uno es la descarnada descripción de la *cultura del simulacro* que está asociada al modelo mercantilista de la educación superior (ver al respecto el capítulo 5, “La voz de los descontentos: paradojas, falsas soluciones y nuevos problemas”, p. 119ss). Es un fenómeno conocido, pero sobre el que encontramos en el libro muchas pruebas y agudas reflexiones. Se trata, nos dice Hoevel, de un caso peculiar de ceguera del sistema, que se resiste a admitir la insólita multiplicación de recursos fraudulentos que él mismo genera a fin de obtener sus propósitos supuestamente beneficiosos: el reemplazo de la calidad por la cantidad, las distorsiones conductuales que provoca la política de incentivos, el comercio descarado de posicionamientos

en los índices de los rankings, los subterfugios de que se valen los profesores para acceder a ellos, la enorme inversión de tiempo en tareas meramente burocráticas, la “prostitución intelectual” (así la llama, p. 139) en la que incurren tantos académicos a fin de adecuar sus producciones a los requerimientos estandarizados, etcétera. Es muy esclarecedor, aunque evidentemente penoso, el panorama que nos describe el autor de los efectos perversos que produce el sistema en la conducta de sus usuarios.

El segundo punto, estrechamente vinculado al anterior, es su tesis de que el modelo de la universidad como industria académica es, en realidad, un modelo *contraproducente*: un modelo que no obtiene lo que pretende, sino más bien lo contrario, es decir, la disminución de la calidad. Es una tesis muy fuerte, porque nos quiere decir que estamos viviendo, por un conjunto enigmático de razones, en una suerte de inercia inconsciente sobre la cruda verdad de nuestros frenéticos trajines académicos. Esta tesis es desarrollada con amplitud en el capítulo 6 del libro, justamente en el momento en que el itinerario narrativo pasa de la descripción a la crítica del proyecto de mercantilización de la universidad (“Errores conceptuales del New Public Management, la teoría del capital humano y la economía de la educación”, p. 165ss.). Una variable emblemática de esa argumentación es la llamada “Ley de Campbell”, de acuerdo con la cual los indicadores cuantitativos para la toma de decisiones sociales suelen ser proclives a las presiones de la corrupción, y tienen por eso el efecto de distorsionar o, más bien, corromper los procesos sociales que pretenden monitorear (p. 165).

Entre las “causas profundas” que subyacen a la transformación de la universidad y que la hacen posible, enumera Hoevel procesos tales como “el derrumbe de la fe en la cultura humanista europea por efecto de los desastres de las dos guerras mundiales”, “la irrupción de la lógica capitalista en los claustros como resultado de la presión creciente de la sociedad funcional”, “la crítica relativista, constructivista y deconstructivista de toda la tradición humanista y filosófica iniciada por el pensamiento del 68”, la masificación de la enseñanza universitaria y el predominio “de un tipo de globalización de sesgo tecnocrático y economicista” (pp. 232-233). Es un diagnóstico interesante, que amplía la mirada buscando una explicación del desconcertante “éxito” del modelo mercantilista en nuestra sociedad.

No se crea, sin embargo, que el cuadro de esta situación de la universidad está pintado solo en blanco y negro. No se trata de una simple oposición entre partidarios de la educación mercantilista y partidarios de una idea nostálgica

de libertad académica. Hay muchos más matices, o colores, en el cuadro del libro, que explican las razones que movilizan, y que también confunden, a todos los involucrados, o que contextualizan sus decisiones. Y hay un intento, esperanzador, aunque quizás no suficientemente persuasivo, de convencernos de que, por razones valederas y profundamente enraizadas en la tradición, va a ser posible revertir esta funesta tendencia y recuperar el sentido genuino de la libertad o la autonomía en la vida universitaria. A ello dedica Hoevel un capítulo final, “Conclusión: seis tareas para una renovación desde las fuentes” (p. 301ss), en donde enumera y comenta dichas tareas: “Revivir el ideal intelectual”, “Recuperar la libertad”, “Volver a juzgar” (es decir, recuperar la capacidad académica, no administrativa, de juzgar por cuenta propia), “Reconquistar la autonomía”, “Reconstruir el puente con la tradición cultural” y “Gobernar el dinero” (en otras palabras, reivindicar una mayor discrecionalidad en el empleo de las fuentes de financiamiento). Son, como dije, aspiraciones legítimas, que se vinculan de manera orgánica con el desarrollo de la tesis central de la obra y que no suscitan dudas sobre su validez, sino solo sobre la viabilidad de su puesta en práctica.

La última palabra del libro la tiene Sócrates (p. 333ss). Mejor dicho: es Carlos Hoevel quien lo evoca para sostener que la pretensión de la sociedad mercantil de *condenar a muerte* a la universidad es, en realidad, un acto suicida, porque es la universidad, en su sentido más clásico, la que mantiene en vida a la sociedad cuestionando permanentemente sus certezas o su rumbo. No obedeciendo a sus estereotipos, tampoco a los parámetros ahora emprenduristas o cuantitativos, sino poniéndolos en cuestión, interrogándose sobre su sentido, ampliando siempre el horizonte de lo que consideramos verdadero, justo, o, simplemente, más humano.

Miguel Giusti

Pontificia Universidad Católica del Perú

mgiusti@pucp.edu.pe

<https://orcid.org/0000-0002-9837-9981>